

Naciones Unidas
**ASAMBLEA
GENERAL**

VIGESIMO PERIODO DE SESIONES

Documentos Oficiales



1347a.
SESION PLENARIA

Lunes 4 de octubre de 1965,
a las 15 horas

NUEVA YORK

SUMARIO

	<i>Página</i>
<i>Discurso de bienvenida del Presidente</i>	1
<i>Discurso de bienvenida del Secretario General</i>	1
<i>Alocución de Su Santidad el Papa Paulo VI.</i>	2

Presidente: Sr. Amintore FANFANI (Italia).

1. El PRESIDENTE (traducido del francés): Declaro abierta la 1347a. sesión plenaria de la Asamblea General.

2. Ruego a los representantes que tengan la bondad de permanecer en su sitio mientras me retiro de la Sala para saludar a Su Santidad el Papa Paulo VI y acompañarle hasta aquí.

Su Santidad el Papa Paulo VI es conducido a la Sala de la Asamblea General por el Presidente y el Secretario General.

Discurso de bienvenida del Presidente

3. El PRESIDENTE (traducido del francés): El 12 de octubre de 1962, el Papa Juan XXIII reunía en la Capilla Sixtina a los representantes de ochenta y seis Estados, congregados en Roma para la inauguración del Segundo Concilio Ecuménico del Vaticano. Muchos de los aquí presentes recuerdan que en esa oportunidad, ante el fresco del Juicio Final de Miguel Angel, se invitó a los Gobiernos a no escatimar esfuerzo alguno en pro del mantenimiento de la paz en el mundo, en esta perturbadora era atómica. Los principios de verdad y de justicia, gracias a los cuales podría lograrse esa paz, fueron ampliamente expuestos en la Pascua de 1963, en la encíclica Pacem in terris^{1/}. En un gesto lleno de significación, el Pontífice comunicó a las Naciones Unidas el texto de la encíclica, cuya importancia se reiteró en esta misma Sala en una reunión especial celebrada en febrero de 1965.

4. Para proseguir una serie de actos ya tan elocuentes en sí, Su Santidad el Papa Paulo VI, acogido por nuestro respeto y nuestra gratitud, se encuentra hoy en esta Sala. No hay en ella frescos admonitorios pero están reunidos los representantes de ciento diecisiete Estados que han venido aquí para expresar, en este vigésimo período de sesiones de la Asamblea General, las preocupaciones más recientes causadas por los desequilibrios, las opresiones, los peligros y los conflictos que aún perturban a la familia humana.

^{1/} La paz entre todos los pueblos fundada sobre la verdad, la justicia, el amor y la libertad, Tipografía políglota vaticana, 1963.

5. Tan augusta presencia y el motivo de esta visita, particularmente apreciada en este vigésimo aniversario de nuestra Organización, traen de nuevo a nuestra conciencia las razones por las cuales los gobiernos y los pueblos nos han confiado funciones especiales.

6. La Biblia, libro sagrado para muchos de nosotros, indica la medida en que cada hombre será eternamente recompensado o castigado según el uso que haya hecho de los medios y del poder puestos a su disposición para proporcionar trabajo, pan, techo, instrucción, libertad, bienestar y paz a cada uno de sus semejantes. Más allá de toda creencia, esta advertencia nos incita a todos a intensificar nuestros esfuerzos para cumplir nuestro mandato. De este modo, una vez afianzada la paz en la verdad y la justicia, cada hombre podrá, serena y libremente, promover el progreso de todos y lograr su propio bienestar.

7. Con estas palabras quiero expresar nuestro júbilo y nuestra gratitud por esta visita que tanto nos honra, nuestro deferente homenaje al peregrino apostólico que ha llegado hasta nosotros y la expectativa con que nos aprestamos a oír su palabra.

8. Séame permitido expresar tres votos: que el mensaje de Su Santidad el Papa Paulo VI exhorte a los pueblos, restablecidos todos en su libertad e independencia, a prestar un apoyo cada vez mayor a la obra de justicia y de progreso de los gobiernos; que induzca a todos los Estados a aplicar su mejor voluntad para que la Organización llegue a ser un instrumento de paz verdaderamente universal; y por último, que incite a los órganos de las Naciones Unidas a adoptar siempre decisiones justas, oportunas y eficaces.

9. Vuestra Santidad, vuestra visita colma de profunda gratitud a esta Asamblea. Después de las palabras del Secretario General, espera que vuestro mensaje dirigido a nosotros y desde aquí al mundo entero, sea el preludio de la transformación de los tres votos expresados en una certidumbre de libertad, de justicia, de paz.

Discurso de bienvenida del Secretario General

10. El SECRETARIO GENERAL (traducido del inglés): La causa de la paz es la razón de que Su Santidad se encuentre entre nosotros. La causa de la paz — la paz universal, para todos los hombres de la tierra, sin distinción de raza, religión, nacionalidad o creencias políticas — me impulsó, hace muchos meses, a estudiar con Su Santidad la posibilidad de que asistiese a una reunión de la Asamblea General como la de hoy, para que pudiese sumar sus esfuerzos en

favor de la paz a los de los representantes de los Estados Miembros de las Naciones Unidas.

11. Permítaseme recordar brevemente los orígenes de este viaje que llega ahora a su feliz culminación. El 4 de diciembre pasado, en Bombay, Su Santidad formuló una exhortación especial que nos conmovió profundamente a mí y a muchos otros, porque reflejaba las aspiraciones de la humanidad y coincidía fielmente con los propósitos y objetivos de las Naciones Unidas; una exhortación a que se pudiese fin a la carrera de armamentos y a que se aliviara el sufrimiento humano; una exhortación a todos los Gobiernos del mundo a entablar, según las palabras de Su Santidad, una "batalla pacífica contra los sufrimientos de sus hermanos menos afortunados".

12. Poco después, el 15 de enero de 1965, Su Santidad me confió, en mi calidad de Secretario General de las Naciones Unidas, el texto de su exhortación. Lo acepté, según dije entonces, como una inapreciable fuente de inspiración para mí mismo y para la Organización a la que sirvo. Esta exhortación, y el deseo de Su Santidad de ponerla al servicio de las Naciones Unidas, me incitaron, con el pleno apoyo del Presidente de la Asamblea General en ese momento, a pedir a Su Santidad que consintiese en venir a dirigir la palabra a la Asamblea General de las Naciones Unidas.

13. Esta ocasión histórica ha llegado. Ocurre en un momento de renovación de la confianza en nuestra Organización. Es también un momento de graves peligros para la paz del mundo. Al sumar mis palabras de bienvenida a las del Presidente de la Asamblea General y expresar mi profunda gratitud a Su Santidad, lo hago con la convicción de que todos cuantos trabajamos por los propósitos de las Naciones Unidas encontraremos en su presencia aquí, ahora y durante mucho tiempo, inspiración para nuestra continua lucha por el logro de los objetivos de paz y bienestar para la humanidad que son también los objetivos que Su Santidad cree tan fervientemente que están a nuestro alcance.

14. El PRESIDENTE (traducido del francés): Tengo el honor de invitar a Su Santidad el Papa Paulo VI a hacer uso de la palabra ante la Asamblea General.

Alocución de Su Santidad el Papa Paulo VI

15. SU SANTIDAD EL PAPA PAULO VI (traducido del francés): Al tomar la palabra ante este auditorio único en el mundo, queremos ante todo expresar nuestra profunda gratitud al Sr. Thant, vuestro Secretario General, que ha tenido la gentileza de invitarnos a visitar las Naciones Unidas en ocasión del vigésimo aniversario de esta institución mundial consagrada a la paz y a la colaboración entre todos los pueblos de la tierra.

16. Gracias, también, al Presidente de la Asamblea, Sr. Amintore Fanfani, quien desde el día que asumió su cargo ha tenido palabras tan amables para Nos.

17. Gracias a todos vosotros, los aquí presentes, por vuestra benévola acogida. A cada uno de vosotros presentamos nuestro saludo cordial y deferente. Vuestra amistad Nos ha invitado y Nos admite a esta reunión: Nos presentamos ante vosotros como amigo.

18. Además de nuestro homenaje personal os traemos el del Segundo Concilio Ecuménico del Vaticano, reunido actualmente en Roma y del que son representantes eminentes los Cardenales que Nos acompañan.

19. En su nombre, como en el nuestro, os decimos a todos: ¡honor y salve!

20. Esta reunión, como bien lo advertís todos, reviste un doble carácter: tiene un sello de sencillez a la vez que de grandeza. De sencillez, porque quien os habla es un hombre como vosotros; es vuestro hermano, e incluso uno de los más pequeños entre vosotros, que representáis Estados soberanos, pues sólo está investido — si os place considerarnos desde ese punto de vista — de una soberanía temporal minúscula y casi simbólica: el mínimo necesario para estar en libertad de ejercer su misión espiritual y asegurar a cuantos tratan con él que es independiente de toda soberanía de este mundo. No tiene ningún poder temporal, ninguna ambición de competir con vosotros. No tenemos, en realidad, nada que pedir, ninguna cuestión que plantear; a lo sumo, un deseo que formular, una solicitud que hacer: la de que se Nos permita servir en la esfera de nuestra competencia, con desinterés, humildad y amor.

21. Esa es la primera declaración que queremos hacer. Como veis, es tan simple que puede parecer insignificante para esta Asamblea, que habitualmente se ocupa de asuntos de extrema importancia y dificultad.

22. Y sin embargo os decimos, y vosotros todos lo sentís, que este momento tiene el sello de una singular grandeza: es grande para Nos, es grande para vosotros.

23. En primer término, para Nos. ¡Oh!, bien sabéis quién somos. Y cualquiera sea vuestra opinión sobre el Pontífice Romano, conocéis nuestra misión: somos portadores de un mensaje para toda la humanidad. Y lo somos no sólo en nuestro propio nombre y en el de la gran familia católica, sino también en nombre de los hermanos cristianos que comparten los sentimientos que expresamos aquí; y especialmente en nombre de aquellos que han tenido a bien encomendarnos explícitamente que seamos su intérprete. Y como el mensajero que al término de un largo viaje entrega la carta que le ha sido confiada, tenemos conciencia de estar viviendo el instante privilegiado — por breve que sea — en que se cumple un anhelo que llevamos en el corazón desde hace casi veinte siglos. Sí, lo recordáis. Hace mucho que estamos en marcha y llevamos con Nos una larga historia; celebramos aquí el epílogo de un laborioso peregrinaje en busca de un coloquio con el mundo entero, peregrinaje que empezó el día en que se Nos ordenó: "Id y llevad la buena nueva a todas las naciones." Pues bien: vosotros representáis a todas las naciones. Permitidnos deciros que tenemos para todos vosotros un mensaje; sí, un feliz mensaje que transmitir a cada uno de vosotros.

24(1). Nuestro mensaje quiere ser, ante todo, una ratificación moral y solemne de esta alta Institución. Este mensaje procede de nuestra experiencia histórica. Es como "experto en humanidad" como traemos a esta Organización el voto de nuestros últimos pre-

decesores, el de todo el Episcopado Católico y el nuestro propio, convencidos como estamos de que esta Organización representa el camino obligado de la civilización moderna y de la paz mundial.

25. Al decir esto tenemos conciencia de hacer nuestra tanto la voz de los muertos como la de los vivos; de los muertos caídos en las terribles guerras del pasado soñando con la concordia y la paz del mundo; de los vivos que sobrevivieron a ellas y que condenan de antemano en su corazón a quienes intentaran renovarlas; de otros vivos, además: las generaciones jóvenes de nuestros días que avanzan confiadas, esperando con justo derecho una humanidad mejor. Hacemos nuestra también la voz de los pobres, de los desheredados, de los desventurados, de quienes aspiran a la justicia, a la dignidad de la vida, a la libertad, al bienestar y al progreso. Los pueblos se vuelven a las Naciones Unidas como hacia la última esperanza de concordia y de paz. Nos atrevemos a traer aquí, con el nuestro, su tributo de honor y de esperanza. Y por eso este momento es grande también para vosotros.

26 (2). Sabemos que tenéis plena conciencia de ello. Escuchad ahora el resto de nuestro mensaje. Todo él se refiere al porvenir. El edificio que habéis construido no debe desplomarse nunca jamás hecho ruinas; debe ser perfeccionado y adaptado a las exigencias de la historia del mundo en el porvenir. Vosotros señaláis una etapa en el desarrollo de la humanidad: en adelante será imposible retroceder, hay que avanzar.

27. A la pluralidad de Estados, que no pueden ya desentenderse los unos de los otros, les proponéis una forma de coexistencia extremadamente simple y fecunda. He aquí: en primer lugar reconocéis y distinguís a unos y otros. Vosotros no conferís, claro está, la existencia a los Estados; pero calificáis de digna de participar en la asamblea ordenada de los pueblos a cada una de las naciones; concedéis un reconocimiento de alto valor moral y jurídico a cada comunidad nacional soberana y le garantizáis una honorable ciudadanía internacional. Esto, de por sí, es ya un gran servicio a la causa de la humanidad: definir claramente y honrar a las entidades nacionales de la comunidad mundial, establecerlas en una condición jurídica que les vale el reconocimiento y el respeto de todos, de donde puede derivar un sistema ordenado y estable de vida internacional. Vosotros sancionáis el gran principio de que las relaciones entre los pueblos deben estar regidas por la razón, por la justicia, por el derecho y por la negociación; no por la fuerza, ni por la violencia, ni por la guerra, como tampoco por el temor ni el engaño.

28. Así debe ser. Y permitidnos felicitaros por haber tenido la sabiduría de abrir las puertas de esta Asamblea a los pueblos jóvenes, a los Estados que han obtenido hace poco su independencia y su libertad nacionales; su presencia aquí es la prueba de la universalidad y de la magnanimidad en que se inspiran los principios de esta Institución.

29. Así debe ser. Tal es nuestro elogio y nuestro deseo y, como veis, estas virtudes no las atribuimos a nada exterior: las hallamos dentro, en el genio mismo de vuestra Institución.

30 (3). Vuestra Carta va aún más lejos y nuestro mensaje avanza con ella. Existís y trabajáis para unir a las naciones, para asociar a los Estados. Adoptemos la fórmula: para unir a los unos con los otros. Sois una asociación. Sois un puente entre los pueblos. Sois una red de relaciones entre los Estados. Estaríamos tentados de decir que vuestro carácter refleja en cierto modo, en el orden temporal, lo que nuestra Iglesia Católica quiere ser en el orden espiritual: única y universal. En el plano natural no es posible concebir nada más elevado en la estructura ideológica de la humanidad. Vuestra vocación es hacer fraternizar, no a algunos pueblos, sino a todos los pueblos. ¿Empresa difícil? Sin duda. Pero tal es la empresa, vuestra muy noble empresa. ¿Quién no advierte la necesidad de llegar así progresivamente a establecer una autoridad mundial capaz de actuar eficazmente en el plano jurídico y político?

31. Una vez más repetimos nuestro deseo: ¡adelante! Diremos aún más: procurad que retornen los que se hubieran separado de vosotros; estudiad los medios de atraer a vuestro pacto de fraternidad, con honor y lealtad, a aquellos que todavía no participan en él. Procurad que aquellos que están aún fuera deseen y merezcan la confianza común, y concededla entonces con generosidad. Vosotros, que tenéis la fortuna y el honor de formar parte de esta asamblea de la comunidad pacífica, escuchadnos: ¡procurad que jamás se atente contra esa confianza mutua que os une y os permite hacer cosas buenas y grandes, que jamás se la traicione!

32 (4). La lógica de este deseo, que es propio, podría decirse, de la estructura de vuestra Organización, Nos lleva a completarlo con otras fórmulas. He aquí. Que nadie, como miembro de vuestra unión, sea superior a los demás: ninguno por encima de otro. Es la fórmula de la igualdad. Sabemos ciertamente que hay que considerar otros factores además del mero hecho de pertenecer a vuestro organismo. Pero también la igualdad es parte de su constitución: no que seáis iguales, pero aquí os hacéis iguales. Y puede que para algunos de vosotros sea éste un acto de gran virtud; permitid que os lo digamos, Nos, que representamos una religión que lleva a la salvación por la humildad de su Divino Fundador. Es imposible ser hermano si no se es humilde. Porque es el orgullo, por inevitable que pueda parecer, el que provoca las tiranteces y las luchas por razones de prestigio, predominio, colonialismo, egoísmo; el orgullo es lo que destruye la fraternidad.

33 (5). Y aquí nuestro mensaje llega a su punto culminante. Ante todo, en forma negativa; es la palabra que aguardáis de Nos y que no podemos pronunciar sin plena conciencia de su gravedad y de su solemnidad: ¡nunca jamás los unos contra los otros; jamás, nunca jamás! ¿Acaso no es principalmente con este fin con el que nacieron las Naciones Unidas, contra la guerra y para la paz? Escuchad las palabras lúcidas de un gran desaparecido, John Kennedy, que hace cuatro años afirmó: "La humanidad tiene que acabar con la guerra o la guerra acabará con la humanidad." No se necesitan largos discursos para proclamar la finalidad suprema de esta Institución. Basta recordar que la sangre de millones de hombres, inauditos e innumerables sufrimientos, matanzas inútiles y es-

pantosas ruinas sancionan el pacto que os une en un juramento que debe cambiar la historia futura del mundo: ¡nunca jamás la guerra, nunca jamás! ¡La paz, la paz ha de ser la que guíe el destino de los pueblos y de toda la humanidad!

34. ¡Gracias a vosotros, gloria a vosotros, que desde hace veinte años trabajáis por la paz y que hasta habéis dado ilustres víctimas a esta santa causa! ¡Gracias a vosotros y gloria a vosotros por los conflictos que habéis impedido y por los que habéis solucionado! Los resultados de vuestros esfuerzos en pro de la paz, hasta estos últimos días, y aunque no sean aún decisivos, merecen que Nos atrevamos a hacernos intérprete del mundo entero y a expresaros en su nombre sus felicitaciones y su gratitud.

35. Habéis cumplido, señores, y estáis cumpliendo, una gran obra: enseñáis la paz a los hombres. Las Naciones Unidas son la gran escuela donde se recibe esa educación y estamos aquí en el Aula Magna de esa escuela. Quienquiera ocupa aquí un lugar se convierte en alumno y en maestro del arte de edificar la paz. Y cuando salís de esta sala el mundo os mira como a los arquitectos, los constructores de la paz.

36. La paz, como sabéis, no se construye sólo con la política y el equilibrio de fuerzas e intereses. Se construye con el espíritu, las ideas, las obras de la paz. Vosotros trabajáis en esta gran obra, pero sólo estáis al comienzo de vuestros trabajos. ¿Logrará el mundo cambiar alguna vez la mentalidad particularista y belicosa que ha tejido hasta ahora una parte tan grande de su historia? Es difícil preverlo; pero es fácil afirmar que hay que ponerse resueltamente en marcha hacia la nueva historia, la historia pacífica, la que será verdadera y plenamente humana, la historia misma que Dios prometió a los hombres de buena voluntad. Los caminos están trazados ante vosotros: el primero es el del desarme.

37. Si queréis ser hermanos, dejad caer las armas que empuñáis. No se puede amar con armas ofensivas en las manos. Las armas, sobre todo las terribles armas que os ha dado la ciencia moderna, aun antes de causar víctimas y ruinas engendran malos sueños, alimentan malos sentimientos, crean pesadillas, desconfianzas, sombrías resoluciones; exigen enormes gastos; detienen los proyectos de solidaridad y de trabajo útil, deforman la psicología de los pueblos. Mientras el hombre siga siendo el ser débil, cambiante y hasta malévolos que demuestra ser con frecuencia, las armas defensivas serán desgraciadamente necesarias. Pero a vosotros vuestro coraje y vuestro valor os impulsan a estudiar los medios de garantizar la seguridad de la vida internacional sin recurrir a las armas: ése es un objetivo digno de vuestros esfuerzos, eso es lo que los pueblos esperan de vosotros. ¡Eso es lo que se debe lograr! Y para ello es necesario que aumente la confianza unánime en esta Institución, que aumente su autoridad; entonces, cabe esperar, se alcanzará el objetivo. ¿Daréis así el reconocimiento de los pueblos, aliviados de la gravosa carga de los armamentos y liberados de la pesadilla de la guerra siempre inminente.

38. Sabemos — ¿y cómo no celebrarlo? — que muchos de vosotros habéis considerado favorablemente la invitación que en pro de la causa de la paz for-

mulamos en Bombay, en el pasado mes de diciembre, a todos los Estados: destinar para beneficio de los países en desarrollo una parte, por lo menos, de las economías que permita realizar la reducción de los armamentos. Renovamos aquí esta invitación con la confianza que Nos inspiran vuestros sentimientos de humanidad y generosidad.

39 (6). Hablar de humanidad y de generosidad es hacerse eco de otro principio constitutivo de las Naciones Unidas, el más excelso de todos: os esforzáis aquí no sólo por conjurar los conflictos entre los Estados, sino también por hacer a los Estados capaces de trabajar los unos para los otros. No os contentáis con facilitar la coexistencia entre las naciones; realizáis un progreso mucho mayor, digno de nuestro elogio y nuestro apoyo: organizáis la colaboración fraternal de los pueblos. Aquí se instaura un sistema de solidaridad que permite que los elevados objetivos del orden civilizado reciban el apoyo unánime y ordenado de toda la familia de los pueblos para el bien de todos y de cada uno. Esto es lo más hermoso de las Naciones Unidas; éste es su semblante humano más auténtico; éste es el ideal con que sueña la humanidad en su peregrinaje a través del tiempo; ésta es la mayor esperanza del mundo. Hasta nos atreveríamos a decir que éste es el reflejo del designio de Dios — designio trascendente y lleno de amor — para el progreso de la sociedad humana en la tierra, reflejo en que Nos vemos el mensaje evangélico, que es un mensaje celestial, volverse terrenal. Aquí, en efecto, Nos parece escuchar el eco de la voz de nuestros Predecesores y, en particular, de la del Papa Juan XXIII, cuyo mensaje *Pacem in terris* tuvo tan honrosa y significativa resonancia entre vosotros.

40. Lo que proclamáis aquí son los derechos y los deberes fundamentales del hombre, su dignidad, su libertad y, ante todo, su libertad religiosa. Consideramos que sois los intérpretes de lo que la sabiduría humana tiene de más excelso, casi diríamos de su carácter sagrado. Porque se trata, ante todo, de la vida del hombre, y la vida del hombre es sagrada: nadie puede osar atentar contra ella. El respeto de la vida, aun en lo que concierne al gran problema de la natalidad, debe hallar en vuestra Asamblea su más elevada afirmación y su defensa más razonada. Vuestra tarea es lograr que haya suficiente pan en la mesa de la humanidad y no favorecer un control artificial de los nacimientos, lo que sería irracional, a fin de disminuir el número de convidados al banquete de la vida.

41. Mas no basta alimentar a los hambrientos: es necesario, además, asegurar a cada hombre una vida conforme a su dignidad. Y esto es lo que vosotros procuráis hacer. ¿No es éste el cumplimiento, ante nuestros ojos y gracias a vosotros, del anuncio profético que se aplica tan bien a vuestra Institución: "Y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces"? (*Isaías 2, 4*) ¿No empleáis acaso las prodigiosas energías de la tierra y las magníficas invenciones de la ciencia no ya como instrumentos de muerte, sino como instrumentos de vida para la nueva era de la humanidad?

42. Sabemos con qué intensidad y con qué eficacia crecientes trabajan las Naciones Unidas y los organismos mundiales que de ellas dependen para ayudar

a los Gobiernos que lo necesitan a acelerar su progreso económico y social.

43. Sabemos con qué ardor lucháis para vencer el analfabetismo y difundir la cultura en el mundo; para dar a los hombres una asistencia sanitaria adecuada y moderna; para poner al servicio de la humanidad los maravillosos recursos de la ciencia de la técnica y de la organización; todo esto es magnífico y merece el elogio y el apoyo de todos, incluso el nuestro.

44. Querriamos también Nos dar el ejemplo, aunque la pequeñez de nuestros medios impida apreciar su alcance práctico y cuantitativo; deseamos dar un nuevo desarrollo a nuestras instituciones de caridad para luchar contra el hambre del mundo y atender a sus necesidades principales; así, y no en otra forma, se edifica la paz.

45 (7). Una palabra aún, señores, una última palabra: este edificio que levantáis no descansa sobre bases puramente materiales y terrenas porque en ese caso sería un edificio construido sobre arena; descansa ante todo en nuestras conciencias. Sí, ha llegado el momento de la "conversión", de la transformación personal, de la renovación interior. Debemos habituarnos a pensar el hombre de una manera nueva; a pensar de una manera nueva también la vida en común de los hombres; de una manera nueva, en fin, los caminos de la historia y los destinos del mundo; según las palabras de San Pablo: "vestir el nuevo hombre que es criado conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad" (Efesios, 4,24). Ha llegado la hora en que se impone una pausa, un momento de recogimiento, de reflexión, casi de oración: se impone volver a pensar en nuestro común origen, en nuestra historia, en nuestro destino común. Nunca como hoy, en una época que se caracteriza por tal progreso humano, ha sido tan necesario apelar a la conciencia moral del hombre. Porque el peligro no proviene ni del progreso ni de la ciencia, que bien utilizados

podrían, por el contrario, resolver muchos de los graves problemas que afligen a la humanidad. El verdadero peligro está en el hombre, que dispone de instrumentos cada vez más poderosos, capaces de llevar tanto a la ruina como a las conquistas más elevadas.

46. En pocas palabras, el edificio de la civilización moderna debe levantarse sobre principios espirituales, los únicos capaces no sólo de sostenerlo, sino también de iluminarlo y animarlo. Y esos indispensables principios de sabiduría superior sólo pueden descansar — y ésta, es como sabéis, nuestra firme convicción — en la fe en Dios. ¿El Dios desconocido de que hablaba San Pablo a los atenienses en el Areópago? ¿Desconocido para quienes le buscaban sin darse cuenta de que le tenían cerca, como ocurre a tantos hombres de nuestro siglo...? Para nosotros, en todo caso, y para todos quienes aceptan la inefable revelación que Cristo nos hizo de El, es el Dios vivo, el Padre de todos los hombres.

47. El PRESIDENTE (traducido del francés): En nombre de la Asamblea General deseo expresar a Su Santidad el Papa Paulo VI nuestro agradecimiento por la elevada y muy importante alocución que acaba de pronunciar. Estoy seguro de que el eco del discurso de Su Santidad resonará durante mucho tiempo en esta Aula Magna de la paz.

48. Ruego a los representantes que tengan la bondad de permanecer en su sitio mientras el Secretario General y yo acompañamos a Su Santidad fuera de la Sala de la Asamblea.

49. Pido al Subsecretario encargado de Asuntos de la Asamblea General que aguarde aquí hasta que Su Santidad haya abandonado la Sala de la Asamblea. Cuando el Subsecretario abandone su asiento quedará levantada la sesión.

Se levanta la sesión a las 16.10 horas.